

proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convencion con motivo de este proceso; existe este proyecto, no en el pueblo, no en aquellos que como nosotros lo han sacrificado todo á la libertad, sino en una veintena de intrigantes que hacen mover estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinion sobre el último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad produce todos los tumultos que nos agitan. Pero consolémonos, la virtud siempre estuvo en minoría sobre la tierra. (La Montaña se levanta con entusiasmo, y los aplausos de las tribunas interrumpen largo tiempo á Robespierre). La virtud estuvo siempre en minoría sobre la tierra... y sin ella estaria la tierra poblada de tiranos y esclavos. Hampden y Sidney eran de la minoría porque espiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría; pero Sócrates de la minoría, porque bebió la cicuta. Caton de la minoría, porque desgarró sus entrañas. Yo conozco muchos hombres aquí que servirían la libertad del modo que Hampden y Sidney. (*Aplausos en las tribunas*). Pueblo, — continúa Robespierre, — evítanos al ménos esta especie de desgracia, guarda tus aplausos para el dia que hayamos hecho una ley útil á la humanidad. ¿No ves que aplaudiéndonos das á nuestros enemigos pretextos de calumnia contra tu causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! Huye del espectáculo de nuestros debates, quédate en tus talleres; léjos de tu vista no combatirémos ménos por tí; y cuando el último de tus defensores haya perecido, entónces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer triunfar tu causa. Ciudadanos, cualesquiera que seais, velad en torno del Temple. Detened, si es necesario, la pérvida malevolencia. Confundid los complots de vuestros enemigos. ¡Fatal depósito! — continuó con un gesto de desesperacion. — ¿No era bastante que el despotismo hubiese pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?»

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que habia lanzado, y la impaciencia de terminar con una muerte pronta la situacion que pesaba sobre la república.

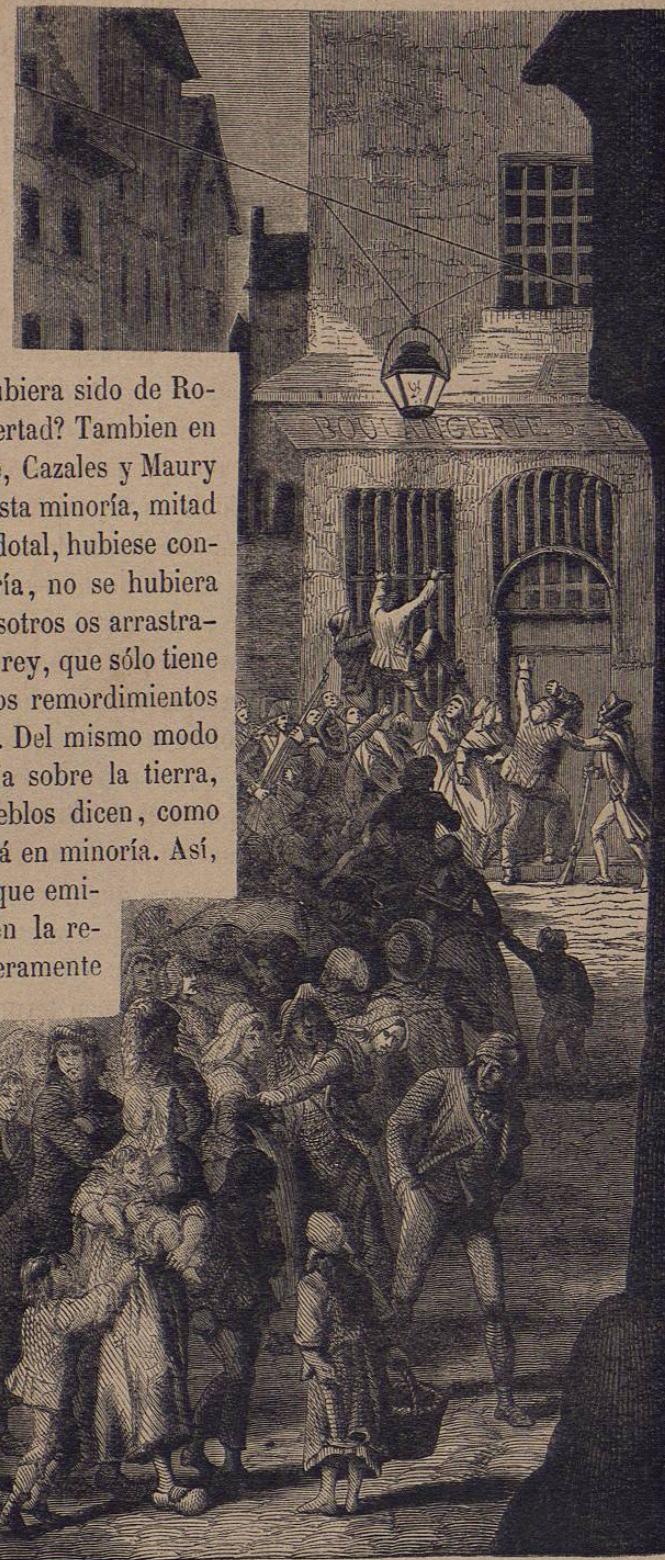
X

Vergniaud, cuyo silencio habia acusado bien terminantemente Robespierre, Vergniaud, decimos, estaba indeciso entre el temor de producir disensiones irreconciliables, y el horror que le inspiraba el inmolar á sangre fria un rey á quien habia abatido. Este orador no concedia nada á la emocion, á la ambicion ni al miedo. Tenia en sí aquel poder de genio que se eleva hasta la imparcialidad, y lo veía todo bajo el punto de vista de la posteridad. Cedió en fin á las súplicas de sus amigos, á la urgencia del próximo suplicio, al grito de su sensibilidad, y pidió la palabra. La atencion pública le preparaba los ánimos, y las tribunas, aunque vendidas á Robespierre, sentian al ménos una especie de emocion involuntaria con la voz de su rival. Paris palpitaba con la impaciencia de oír á Vergniaud. Miéntras éste guardó silencio, se creia que grandes cosas estaban por decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convencion no era más que una delegacion del poder del pueblo; que si la ratificacion tácita de la nacion sancionaba los actos secundarios de gobierno y administracion, no sucedia lo mismo con los grandes actos constitucionales, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía; después de haber probado que la condenacion ó la

absolucion, el suplicio ó la gracia del jefe del antiguo gobierno, era uno de estos actos esenciales de soberanía que la nacion no podia enajenar; en fin, después de haber hecho resaltar lo inútil de las objeciones que se oponian á las asambleas primarias, á quienes se diferiria la apelacion al pueblo, el orador girondino se volvió con todo el poder de su dialéctica y de su pasion contra Robespierre.

«Os dicen que la intriga salvará al rey, porque la virtud nunca tiene mayoría en la tierra. Pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiese prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? Tambien en la Asamblea constituyente, Cazales y Maury fueron una minoría, y si esta minoría, mitad aristocrática, mitad sacerdotal, hubiese conseguido ahogar la mayoría, no se hubiera hecho la revolucion, y vosotros os arrastraríais aún á los piés de ese rey, que sólo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. Del mismo modo los reyes están en minoría sobre la tierra, y para encadenar los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud está en minoría. Así, en el pensamiento de los que emiten esta opinion no hay en la república nombres verdaderamente



Carestía en Paris. — El pueblo á las puertas de las panaderías. — Pág. 242.

puros, verdaderamente virtuosos, ni verdaderamente adictos al pueblo, más que ellos mismos y un centenar de sus amigos, que tendrán la generosidad de asociarse á su gloria. De modo que para que ellos puedan fundar un gobierno digno de los principios que profesan, sería necesario desterrar del territorio frances todas aquellas familias cuya corrupcion es tan profunda, cambiar á Francia en un vasto desierto, y para su más pronta regeneracion y su mayor gloria, entregarla á sus sublimes concepciones. Se creyó sería muy fácil disipar todos estos fantasmas con que se nos quiere intimidar. Para atenuar de antemano la fuerza de las respuestas que se preveían, se recurrió al más vil, al más cobarde de los medios: á la calumnia. Nos comparan á los Lameth, á los Lafayette, y á todos aquellos cortesanos del trono que tanto hemos ayudado á derribar. Nos acusan, y ciertamente no me admiro, porque hay hombres de quienes cada soplo es una impostura, como es natural á la serpiente vivir sólo para destilar su veneno; nos acusan, nos denuncian, como hacian el 2 de Setiembre, al hierro de los asesinos; pero nosotros sabemos que Tiberio Graco pereció á manos de un pueblo extraviado, á quien constantemente habia defendido. Nada hay en su suerte que nos asuste, nuestra sangre pertenece al pueblo. Derramándola por él, sólo nos quedará un sentimiento: el de no poder ofrecerle más. Se nos acusa de que intentamos encender la guerra civil en los departamentos, ó á lo ménos de provocar tumultos en Paris, sosteniendo una opinion que desagrada á ciertos amigos de la libertad. Pero ¿por qué una opinion podria excitar tumultos en Paris? Porque esos amigos de la libertad amenazan de muerte á los ciudadanos que tienen la desgracia de no raciocinar como ellos. ¿Nos querrán probar de este modo que la Convencion nacional es libre? Habrá desórdenes en Paris, y sois vosotros los que los anunciáis. Admiro la sagacidad de semejante profecía. ¿No os parece, en efecto, muy difícil, ciudadanos, que pueda predecir el incendio de una casa el mismo que lleva la tea que debe abrasarla?

»Sí, quieren la guerra civil los hombres que miran como un principio el asesinato, y que al mismo tiempo designan como amigos de la tiranía las víctimas que su odio quiere inmolar. Desean la guerra civil los hombres que dirigen los puñales contra los representantes de la nacion é invocan la insurreccion contra las leyes. Quieren la guerra civil los hombres que piden la disolucion del gobierno, el exterminio de la Convencion; aquellos que proclaman traidor á todo el que no está á la altura del pillaje ó del asesinato. Os entiendo, quereis reinar. Vuestra ambicion era más modesta el día del Campo de Marte. Entónces redactábais y hacíais firmar una peticion que tenia por objeto consultar al pueblo sobre la suerte del rey, traído de Varennes. Nada os era costoso entónces para reconocer la soberanía del pueblo. ¿Sería porque favorecia vuestras miras secretas, y hoy las contraría? ¿No existe para vosotros más soberanía que la de vuestras pasiones? ¡Insensatos! ¿Habeis podido figuraros que Francia ha roto el cetro de los reyes para inclinar la cabeza bajo un yugo tan deshonoroso?

»Yo sé que en las revoluciones debe cubrirse la estatua de la ley que protege la tiranía, que es preciso ocultar. Cuando cubrais la que consagra la soberanía del pueblo, principiareis una revolucion en provecho de sus tiranos. Se necesitaba valor para atacar el 10 de Agosto á Luis en todo su poder. ¿Se necesita tanto para enviar á Luis al suplicio, vencido y desarmado? Un soldado cimbrío entra en la

prision de Mario para degollarle; asustado al ver su víctima, huye sin atreverse á herirla. Si este soldado hubiera sido miembro de un senado, ¿creéis que hubiese dudado en votar la muerte de un tirano? ¿Qué valor encontráis en hacer lo que haria el más cobarde? (*Aplausos*).

»Amo demasiado la gloria de mi país para proponer á la Convencion se deje dominar en una ocasion tan solemne por la consideracion de lo que podrán ó dejarán de hacer las potencias extranjerias; sin embargo, á fuerza de oír decir que nosotros obramos en este juicio como poder político, creo que no será contrario ni á vuestra dignidad ni á la razon hablar un momento de política. Sea que Luis XVI viva ó muera, es posible que Inglaterra y España se declaren nuestros enemigos; pero si la sentencia de Luis XVI no es la causa de esta declaracion de guerra, es cierto á lo ménos que su muerte será el pretexto. Creo que vencereis estos nuevos enemigos; así me lo garantizan el valor de nuestros soldados y la justicia de nuestra causa. Mas ¿qué reconocimiento os deberá la patria por haber hecho correr innecesariamente arroyos de sangre sobre el continente y sobre los mares, y por haber ejercido en su nombre un acto de venganza que ha venido á ser la causa de tantas calamidades? ¿Os atreveríais á ensalzar ante el país vuestras victorias? Porque yo alejo de mi pensamiento los desastres y los reveses; pero por el curso de los acontecimientos aún más prósperos, serán vanas por sus resultados. Temed que Francia, en medio de sus triunfos, se parezca á aquellos monumentos famosos que en el Egipto han vencido al tiempo. El extranjero al pasar se admira de su grandeza; pero si penetra en ellos, ¿qué encontrará? Cenizas inanimadas y el silencio del sepulcro. Ciudadanos, aquel que entre nosotros cediese á temores personales, sería un cobarde; pero los temores por la patria honran el corazon. Os he expuesto una parte de los míos; aún tengo otros, y voy á decíroslos.

»Cuando Cromwell quiso preparar la disolucion del partido con cuyo apoyo habia derribado el trono y hecho subir sobre el cadalso á Carlos I, presentó al Parlamento, á quien queria arruinar, proposiciones insidiosas que sabía bien debian conmovier la nacion; pero tuvo cuidado de hacerlas apoyar por aplausos pagados y por gritos. El Parlamento cedió, bien pronto la fermentacion se hizo general, y Cromwell rompió sin esfuerzo el instrumento de que se habia servido para llegar al supremo poder.

»¿No oís todos los días, en este recinto y fuera de él, gritar á algunos hombres furiosos: «Si el pan está caro, la causa está en el Temple; si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, la causa está en el Temple; si tenemos que sufrir diariamente el espectáculo del desorden y de la miseria pública, la causa está en el Temple?» Los que hablan de tal modo, saben bien que la carestía del pan, la falta de la circulacion de subsistencias, la desaparicion del dinero, la dilapidacion en los recursos de nuestros ejércitos, la desnudez del pueblo y de nuestros soldados, tienen otras causas. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Quién me garantiza que esos hombres no gritarán despues de la muerte de Luis aún con mayor violencia: «Si el pan está caro, si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, si las calamidades de la guerra se han aumentado por haberla declarado Inglaterra y España, la causa está en la Convencion que ha provocado estas medidas, condenando precipitadamente á Luis XVI?» ¿Quién me garantiza que en esta nueva tempestad, en la que se verán volver á salir de sus madrigueras los ase-

sinos del 2 de Setiembre, no se os presentará, todo cubierto de sangre y como un libertador, ese jefe que se dice haberse hecho necesario? ¡Un jefe! ¡Ah! Si tal fuese su audacia, no aparecerian sino para ser en el momento heridos de mil golpes. Pero ¡á qué horrores no quedaria entregado Paris, Paris, cuyo valor heroico contra los reyes admirará la posteridad, y no concebirá nunca la ignominiosa sujecion á un puñado de bandidos, escoria de la especie humana, que se agitan en su seno y le destrozan en todos sentidos con los movimientos convulsivos de su ambicion y de su furor! ¿Quién podria habitar una ciudad donde reinasen la desolacion y la muerte? Y vosotros, laboriosos ciudadanos, cuyo trabajo constituye toda vuestra riqueza, y para quienes los medios de trabajo se destruirian, ¿qué sería de vosotros? ¿Cuáles serian vuestros recursos? ¿Qué manos llevarian socorros á vuestras familias desoladas? ¿Iráis á buscar esos falsos amigos, esos pérfidos aduladores que os habrian precipitado en el abismo? ¡Ah! Antes bien huid de ellos, temed su respuesta; voy á decíroslo: «Marchad á las canteras á disputar á la tierra algunos pedazos sangrientos de las víctimas que hemos degollado. ¿O queréis sangre? Tomadla, vedla aquí: sangre y cadáveres, no tenemos otro alimento que daros». ¡Temblais, ciudadanos! ¡Oh patria mia! Pido acta á mi vez para salvarte de esta crisis deplorable.

»Pero no, jamás lucirán sobre nosotros esos dias de luto; son cobardes estos asesinos, son cobardes nuestros pequeños Marios. Conocen bien que si se atreviesen á intentar una ejecucion de sus complots contra la seguridad de la Convencion, Paris saldria al fin de su apatía; que todos los departamentos se reunirian á Paris para hacerles expiar las maldades con que ya han manchado demasiado la más memorable de las revoluciones. Lo saben, y su cobardía salvará la república de su encono. Estoy seguro al ménos de que la libertad no está en su poder; que, teñida de sangre, pero victoriosa, hallaria un imperio é invencibles defensores en los departamentos. Pero la ruina de Paris, la division en gobiernos federativos que sería el resultado de ello, todos estos desórdenes, más probables que las guerras civiles con que nos amenazan, ¿no merecen ser colocados en la balanza en que pesais la vida de Luis? En todo caso, declaro, cualquiera que sea el decreto dado por la Convencion, que miraré como traidor á la patria al que no se someta á él. Que si en efecto la opinion de consultar al pueblo vence, y los sediciosos, levantándose contra este triunfo de la soberanía nacional, se ponen en estado de rebellion, hé ahí vuestro puesto, hé ahí el campo donde esperareis sin temor á vuestros enemigos.»

Este discurso pareció por un momento que habia arrancado á la Convencion la vida de Luis XVI.

Faucher, Condorcet, Petion y Brissot separaron con la misma generosidad al hombre del rey, la venganza de la victoria, é hicieron resonar á su vez acentos dignos de la libertad. Pero al dia siguiente de estas arengas, la libertad no oía más que sus terrores y sus resentimientos. Los más sublimes discursos no resonaban sino en la conciencia de algunos hombres tranquilos. La muchedumbre ahogaba la voz de la razon.

Volvamos al Temple.

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple.—Luis XVI en la barra de la Convencion.—Su vuelta al Temple.—Mr. de Malesherbes.—Su retrato.—Mrs. Deseze y Tronchet.—Testamento de Luis XVI.—Discusiones sobre el juicio del rey.—Lanjuinais.

I

El rey se acostumbraba á su cautiverio. Su alma, formada para el reposo y el silencio, se recogia al abrigo de aquellos muros, se fortificaba con la meditacion, se libertaba con las oraciones, y se consolaba desahogándose á todas horas con los únicos seres á quienes siempre habia amado, en aquel pequeño círculo de adictos que el calabozo estrechaba en torno suyo. Olvidando fácilmente las grandezas cuyo peso le habia anonadado, Luis XVI sólo tenia un deseo: el de ser olvidado en aquella torre hasta que la invasion extranjera, ó la calma devuelta al pueblo por las victorias de la república, ó las inconstantes vicisitudes de una revolucion, le reintegrasen, no en el trono, sino en la oscuridad de un destierro más dulce, restituyéndole la libertad de su familia. El haberse suavizado su prision, el acento de compasion y la fisonomía ménos severa de sus guardianes, le hacian entrever desde hacia algun tiempo una dulce esperanza. Creia reconocer en aquellos síntomas que la cólera se apaciguaba fuera; y era así, en efecto, por la satisfaccion cuya realidad veia próxima. No merecia la pena de ser aborrecida una víctima que tan pronto iba á ser inmolada.

El dia 11 de Diciembre, miéntras almorzaba la familia real, se oyó un ruido inusitado en las inmediaciones del Temple. Los tambores tocando llamada, el relincho de los caballos, los pasos de numerosos batallones marchando sobre el empedrado del patio, admiraron y conmovieron á los prisioneros. Preguntaron varias veces á los comisarios que asistian á la comida, mas no obtuvieron respuesta alguna. Por último, anunciaron al rey que el alcalde de Paris y el procurador de la municipalidad vendrian aquella mañana á buscarle para conducirlo á la barra de la Convencion, con objeto de que sufriese allí un interrogatorio, y que aquellas tropas eran su acompañamiento. Se le notificó al mismo tiempo la orden para que subiese á su habitacion y se separase de nuevo de su hijo, debiendo tambien en adelante estar privado de toda comunicacion con su familia hasta el dia de su sentencia.

Aun cuando los prisioneros creian que aquella separacion sólo sería momentánea, no por eso se verificó sin derramar muchas lágrimas. Se llevó la cama del niño al cuarto de la madre. El rey se enterneció al abrazar á su familia, y volvién-